



TÁMOP-4.2.1.D-15/1/KONV-2015-0002

## LA INTERACCIÓN EN EL AULA. EXPERIENCIAS EN ESPAÑA Y HUNGRÍA

(Az interakció a spanyol nyelvórán. Spanyolországi és magyarországi tapasztalatok)

**A tanulmány a TÁMOP-4.2.1.D-15/1/KONV-2015-0002 azonosítószámú, „Tudás-ipar igényeit kiszolgáló felsőoktatási szolgáltatások megalapozása a Dél-Alföldi régióban” című pályázat keretében készült.**

***The project was partially funded by „TÁMOP-4.2.1.D-15/1/KONV-2015-0002– „Establishing higher education service satisfying the needs of knowledge industry in the Southern Great Plain region” is supported by the European Union and co-financed by the European Social Fund.***

**Készítette:**

**Marcos Eduardo De Juana Espinosa, lektor, SZTE BTK**

**Szegedi Tudományegyetem  
Cím: 6720 Szeged, Dugonics tér 13.  
www.u-szeged.hu  
www.palyazat.gov.hu**

**SZÉCHENYI 2020**



MAGYARORSZÁG  
KORMÁNYA

**Európai Unió  
Európai Szociális  
Alap**



**BEFEKTETÉS A JÖVŐBE**

## **La interacción en el aula: Experiencias en España y Hungría**

El presente texto tiene la intención de mostrar las ideas principales que se expusieron el 26 de setiembre de 2015 en la charla acerca de la interacción en la clase húngara desde el punto de vista de un lector español, la cual, lejos de ser una presentación acerca de un trabajo de investigación, tuvo un importante carácter de coloquio en la que se compartieron opiniones e ideas, pero que, sobre todo, se convirtió en un momento idóneo para la reflexión sobre nuestra actuación en clase y sobre cómo podemos mejorar el nivel de interacción oral en nuestras aulas.

Imagino que todos hemos oído hablar de la necesidad de la interacción oral en clase. No es nada nuevo, sobre todo cuando lo relacionamos con el conocido “enfoque comunicativo” de enseñanza. Y es que, a menudo, parece que llegar a lograr que los alumnos interactúen en clase en la lengua meta es uno de los objetivos más claros de la enseñanza de idiomas hoy en día. Sin embargo, lograr que esta interacción se produzca de manera satisfactoria y que sea realmente provechosa para el aprendizaje no siempre se consigue con facilidad.

La enseñanza en general requiere de un alto grado de participación para poder ser efectiva. Así, un alumno debe ser partícipe del proceso de aprendizaje, ya sea prestando atención como oyente, escuchando al profesor y resumiendo la información en forma de apuntes, o bien esta participación puede ser activa, convirtiéndose el alumno en parte del proceso de enseñanza, de su propio aprendizaje. Esto está innegablemente vinculado a la motivación, tanto aquella propia del alumno, intrínseca y extrínseca, como aquella que se derive del propio interés de lo que se enseña y la que se deriva de la capacidad del profesor para llegar eficazmente al alumno y hacer su enseñanza más interesante.

Entonces, para empezar, me gustaría comentar que no estoy en ningún momento en contra de la clase magistral, aquella en la que el profesor es el que mantiene el turno de palabra prácticamente en la totalidad de la clase. Pero es que en las clases magistrales, a menudo, el propio interés que tiene lo que el profesor explica es la fuerza que motiva al estudiante a prestar atención y aprender. Yo soy no soy ni el primero ni el último que ha asistido a charlas y clases en las que había un único orador, sin intervención del público, y que ha disfrutado gratamente con las mismas, así como con lo aprendido en ellas. Sin embargo, cuando esta motivación flaquea, a veces una clase magistral puede resultar directamente aburrida para un estudiante, generando un ambiente poco propicio para el aprendizaje.

En la clase de idiomas, sin embargo, fomentar esta involucración del alumno en la clase mediante la participación activa es esencial para alcanzar la manera más efectiva en que se

aprende un idioma: utilizándolo con un propósito real. Como prueba de ello, podemos comprobar el auge actual del aprendizaje AICLE (Aprendizaje Integrado de Contenidos y Lenguas Extranjeras), altamente promovido en España, y del que algunos de los institutos de Szeged y resto de Hungría son todo un ejemplo con sus exitosos programas de educación bilingüe en español. Y es que contar con un elemento motivacional real como es poder aprobar y obtener buenas calificaciones en el instituto junto con el uso real del español como lo que es, una lengua, un medio de comunicación, hacen de este sistema una de las herramientas más eficaces para lo que para nosotros, los profesores, sí que es un objetivo en sí mismo: que nuestros estudiantes aprendan español de la manera más eficaz posible.

Llegados a este punto, queda claro que existen dos factores esenciales a la hora de conseguir lograr un nivel de interacción oral eficaz en nuestras clases: la motivación y grado de uso real de la lengua. Pero, ¿a qué nos referimos con “uso real”? ¿Acaso se puede utilizar el español de manera irreal? A menudo, en los libros de texto podemos encontrar actividades en las que se anima a trabajar en parejas y hablar con los compañeros de una manera notoriamente artificial, dando como resultado situaciones que pueden llegar a resultar incómodas para los alumnos, no sólo por tener que usar una lengua extranjera, sino por la falta de contexto comunicativo real, y por lo tanto resultar poco eficientes. Este tipo de situaciones comunicativas distan mucho de lo que sería una conversación real en español. De hecho, en muchos casos se utilizan como pretexto para practicar formas gramaticales, como, por ejemplo, el uso del pretérito perfecto en actividades orales en las que se pide que se responda a la pregunta “¿qué has hecho este fin de semana?”.

En mi experiencia como profesor español de alumnos húngaros he llegado a la conclusión de que cuanto más natural es la manera en la que se produce la situación comunicativa, más eficaz resulta para los alumnos en términos de aprendizaje, y he podido comprobar, con gran agrado, que ciertos alumnos para quienes comunicarse de manera oral era muy difícil a principio de curso han mejorado su capacidad de interactuar oralmente y no sólo eso, sino su español en general. A veces nos centramos tanto en cumplir los objetivos de la programación y tratar todos los contenidos, que no nos damos cuenta de que en ocasiones mantener una conversación distendida, hablando en español de forma natural sin tener que fijarnos en qué forma de pretérito estamos usando, libera al alumno de la presión de hacerlo bien o mal y se convierte en una situación comunicativa real en la que el alumno no tiene que hacerlo bien por obligación, pudiendo recurrir a preguntarme a mí o a sus compañeros cómo se dice cierta palabra, esforzándose al máximo para entender y hacerse entender bien y, lo más importante, teniendo un objetivo comunicativo claro, que motiva la interacción de

manera natural. A la hora de aprender y hablar en español no sólo el buen uso del léxico y la gramática es importante, también el uso de estrategias comunicativas y la mejora de la fluidez, así como la capacidad de interaccionar y de adaptar el discurso a la situación.

Así, en mis clases suelo dedicar un buen margen de tiempo, por lo general al final de la clase, para hablar con los alumnos. Es un momento clave que no sólo utilizo como oportunidad para obtener feedback y tratar de comprender su progreso, sino que intento activamente hacer que mis alumnos hablen conmigo y que discutan entre ellos determinadas cosas que les conciernen directamente, como pueden ser sus necesidades de aprendizaje, fechas de exámenes, tipos de ejercicios que les gustan, su rendimiento en otras asignaturas, dificultades que puedan tener, la vida universitaria, planes de futuro, etc.; en definitiva mantenemos conversaciones reales sobre cosas relevantes y todo ello en la lengua meta. Además, a medio y largo plazo esto fomenta que haya un buen clima de comunicación en clase, donde los alumnos pierdan el miedo a hablar en el aula en otras situaciones, algo que es de especial relevancia en este ámbito de enseñanza. También, muchas veces en la clase de idiomas se acaba generando una especie de variante de español “de clase” en el que, entre muchas otras cosas, parece estar aceptado que los alumnos no se esfuercen por pronunciar perfectamente, ya que es cómodo no hacerlo y los demás hablantes lo toleran y lo aceptan sin ningún tipo de resistencia. Incluso llega a darse el caso de que son capaces de pronunciar el sonido [θ] perfectamente es inglés en palabras como *think* o *thank you* y no hacerlo en español, dando lugar a un claro seseo no adecuado en una variante estándar peninsular, algo que se puede combatir conversando en un entorno comunicativo real con el profesor, fuera del contexto de los ejercicios de clase.

A la hora de interactuar en clase, el primer obstáculo que uno encuentra al enseñar en un país diferente al propio es siempre doble, ya que nos encontramos ante una cultura y una lengua diferentes. Esto, que es algo que desde el punto de vista personal se disfruta gratamente y de lo que se aprende mucho al tener la oportunidad de vivir en otro país, puede dar lugar a conflictos de expectativas y creencias con la realidad de la cultura educativa a la que uno se incorpora.

Por lo general, el asunto de la lengua es fácilmente subsanable. Aunque sería estupendo saber húngaro bien como para poder comunicarme en clase en húngaro, la mayoría de los alumnos de filología y formación de profesorado tienen un nivel de español que les permite entenderme y comunicarse conmigo. Aquellos otros que son alumnos de estudios hispanoamericanos y que se enfrentan por primera vez a una clase de español aprenden pronto el vocabulario de clase y pongo gran énfasis en que desde el principio se esfuercen por utilizar

el español en la medida de lo posible, aunque también, generalmente, saben inglés, que va camino de convertirse en la lengua franca por excelencia, y en determinadas ocasiones se puede recurrir a esta lengua para comentar determinados asuntos específicos o hacer algunas aclaraciones puntuales.

Por otro lado, siempre según lo que he podido apreciar dando clase este tiempo en la universidad de Szeged y sin entrar en demasiado detalle, la clase húngara tiene características que difieren ligeramente de la que pude experimentar como alumno en España. Para empezar, en general los alumnos húngaros son muy disciplinados y respetuosos, siempre llegan a clase con una antelación de hasta quince minutos y es raro ver que no hayan hecho las tareas que se les pidió que hicieran. Además, en clase son disciplinados y en muy pocas ocasiones he tenido que llamarles la atención porque estuvieran molestando el desarrollo de la clase. En contra, el nivel de participación e interacción en clase es tremendamente bajo, llegando a extremos de tener que preguntarles si han entendido lo que he preguntado y tener que reprocharles que por qué no responden. En España, sin embargo, la puntualidad a la hora de empezar la clase es más flexible, el profesor tiene que imponerse mucho más para mantener la disciplina y el número de interrupciones suele ser mucho mayor. No obstante, la clase suele gozar de mayor dinamismo y número de intervenciones por parte de los alumnos, que, a menudo, se echa de menos en la clase de lengua española aquí en Szeged. Así, el nivel de participación oral en clase fue uno de los aspectos que más me planteé trabajar más y mejorar desde que empecé a dar clase en esta universidad.

Para enfrentarnos al reto de aumentar el nivel de participación en clase de tal manera que haya mayor interacción oral primero debemos comprender algunos de los motivos principales que inhiben o dificultan la participación de nuestros alumnos. Para empezar, como ya hemos mencionado antes, la propia cultura académica de los estudiantes parece favorecer un clima más formal, respetuoso, distante y muy propicio para la clase magistral tradicional; por otro lado, también nos encontramos con la barrera lingüística, clave en la enseñanza de idiomas; y por último, también debemos contar con la propia vergüenza de cada alumno a la hora de aportar a la clase, pasando de la comodidad de la pasividad al atrevimiento que supone colaborar, y es que toda clase forma una pequeña comunidad social en la que cambiar las relaciones establecidas siempre supone un esfuerzo extra, que los alumnos no siempre están dispuestos a realizar, y una exposición de su conocimiento ante sus compañeros y el profesor, algo que siempre tiene implicaciones sociales y personales.

Así que, en efecto, ser un estudiante pasivo es cómodo y fácil, mientras que ser un estudiante cooperativo y participativo supone un sacrificio mayor. Pero dados los beneficios

expuestos anteriormente acerca de las bondades para el aprendizaje que tiene la participación activa e interactiva de los alumnos, no queda duda de que debemos intentar dar mayor interactividad a nuestras clases, sean de idiomas o no, pero ¿cómo hacerlo?

La profesora Morell Moll (2009), de la Universidad de Alicante y antigua profesora mía, a quien debo gran parte de mi conocimiento en cuanto a la didáctica de idiomas, plantea una serie de estrategias entre las que nos anima a variar la dinámica de la clase, ya sea cambiando la metodología, adueñándonos del espacio y mobiliario de la clase y adaptándolo a nuestros objetivos, realizando actividades de tipo *role play* o debates y variando nuestro uso de elementos multimedia entre otros; a indicar desde el principio cómo va a organizarse la clase y qué se espera de ella; a tener paciencia a la hora de esperar respuestas a preguntas, ya sea reformulándolas o esperando más antes de contestarlas; a invitar a los alumnos a que expresen si efectivamente han comprendido lo que hemos explicado o incitar a que hagan peticiones de aclaración; a crear un ambiente no inhibitorio, propicio para la comunicación e inclusivo en cuanto a la participación de los estudiantes en el proceso de enseñanza-aprendizaje; y, sobre todo, a dejar claro que la participación quedará reflejada en la evaluación final.

Además de estas estrategias probadas, para concluir, me gustaría añadir que en mi experiencia en Hungría, he descubierto que el primer paso a dar es reducir la distancia social entre el profesor y los alumnos. Esto puede que tenga ciertas desventajas, pero, al menos a nivel universitario, trae consigo muchos beneficios a la hora de facilitar la comunicación dentro del aula. Para concluir me gustaría apuntar que también, bajo mi punto de vista, es muy importante hacer conscientes a los alumnos de que su involucración en el proceso de enseñanza-aprendizaje y su propio autoaprendizaje son clave para su desarrollo, recayendo en ellos gran parte de su aprendizaje como alumnos de tal manera que se sientan partícipes importantes del proceso de enseñanza y pueden contribuir al mismo de una manera más activa dentro y fuera del aula.

## **REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA**

Moll, T. (2009). *¿Cómo podemos fomentar la participación en nuestras clases universitarias?* Alicante: Universidad de Alicante, Vicerrectorat de Planificació Estratègica i Qualitat, Institut de Ciències de l'Educació.